

mas, alcohol, pólvora —procedentes de Europa— y cuanto era posible cambiar con los naturales mediante grandes utilidades. Procuraban los *mongos* acumular en los sitios donde habitaban todo aquello que les hiciera agradable y fácil la vida, para ellos y sus invitados (Franco 1975: 92). Entre los *mongos* de triste celebridad se cuentan el legendario Pedro Blanco —español, nacido en Málaga— y su compinche Félix de Souza, alias «Mongo Cha-Chá»; ambos fueron rivales del francés Teodoro Canot.

*Quibanda* era la vivienda fortificada que los *mongos* construían en el punto más elevado y mejor situado del lugar escogido para la trata, a manera de castillo destinado a residencia del amo y sus auxiliares; y que servía además para las desvergonzadas orgías de las que eran forzadas protagonistas las esclavas más bellas, reservadas para disfrute de los negreros lascivos, borrachos y ladrones (Franco 1975: 92). Con las reservas sobre la veracidad histórica que merece una obra literaria, transcribimos la descripción que Novas Calvo da sobre la *quibanda* y el serrallo del mongo Pedro Blanco en su africano reducto de Gallinas:

un amplio edificio chato, formado por una herradura de veinte habitaciones, apretadas en torno a un patio central. En el centro estaba la habitación de la guardiana... Los eunucos tenían una casa al fondo y dependían de la guardiana... Pedro selló un tratado de amistad con cada uno de los grandes jefes de la región del Vey, con la admisión de sus hijas en el harén. Pedro dio a las hijas de los reyes enemigos la categoría de favoritas. Los eunucos los compró a una goleta de Mozambique, que los compraba a los árabes de Zanzíbar, donde tenían grandes depósitos de ellos, cazados en la selva y castrados (1973: 217-8).

En rededor de la *quibanda* se encontraban los inmundos *barracones* donde se encerraba a los cautivos en espera de los barcos que habrían de conducirlos a su esclavitud en América. Y al lado de los *barracones* había un reducto fortificado, donde se almacenaban las reservas de agua, arroz y otros víveres, municiones y leña en cantidades suficiente para sostener un sitio de varios días, si fuera necesario. Parte de este almacén lo ocupaba la *malanga* («Okoku. Ikoko. Ewe Kokó. Marabado»). Malanga blanca (*Xanthosoma sagittifolium*) y malanga amarilla fueron el alimento básico de la *cargazón* durante la penosa travesía del Atlántico en el barco negrero. Este producto africano, parecido al «ñame» y también llamado *guagüí*, además de ser un buen alimento nutritivo, sano y agradable, «tiene la ventaja de poderse conservar por largo tiempo» (Díaz Fabelo 1960: 109-110). Alguien ha dicho con certeza que «sin la *malanga* no habría sido posible la travesía de 40 millones de africanos hacia América en los barcos negreros».

*Mafucos*, en la interlingua negrera, era el nombre que recibían los *corredores de esclavos* en las factorías de las costas africanas. Ya hemos dicho líneas atrás que estos intermediarios, de ser blancos, eran llamados «factores» y más comúnmente «mongos». Pero siendo negros se les llamaba *mafucos*. Los *mafucos* debían dominar las lenguas de las diferentes etnias cazadoras de negros, como los *susu* (Guinea), los *vais* (Sierra Leona), los *ashanti* (Ghana) y los dahomeyanos. Los *vais* se negaron durante mucho tiempo al tráfico esclavista. Los *mandingo* llevaban cautivos desde el Níger a las costas del Golfo de Guinea. Pera además de dominar las lenguas nativas, los *mafucos* conocían lo suficiente de lenguas europeas para poder hablar con un inglés, portugués, francés y español. Su orgullo de políglotas les llevaba a cambiar sus nombres nativos y adoptar fantásticos apodos en lengua inglesa, llamándose «Chelin», «Foque», «Tom Bartman», etc.

No se puede imputar a mongos y mafucos la implantación de la esclavitud en una África negra que ya tenía imperios y ejércitos, clases sociales y legislación. La esclavitud no era, ciertamente, ni nueva ni rara en los pueblos africanos. Los prisioneros de guerra, los reos de homicidio, robo, hechicería, adulterio o deudas, caían generalmente en servidumbre. El hambre, provocado por las sequías, obligaba a tribus enteras a venderse como esclavos. Tales pueden haber sido las causas primeras de la esclavitud negroafricana. Pero esta esclavitud era casi nominal; con excepción de los reinos Dahomey y Asanti. La diferencia social y económica entre el esclavo y el libre era muy tenue; como puede advertirse en las relaciones de todos los viajeros de épocas anteriores a la trata. Precisamente, fue la trata lo que convirtió en temible y monstruosa a la esclavitud.

La guerra en busca de un botín viviente de prisioneros para los tratantes de esclavos se hizo normal en África, y no pocas veces llegaron a los mercados del Nuevo Mundo personajes africanos, atados por unas mismas cadenas a sus antiguos servidores. Las *razzias* o cacerías de hombres surtían los barracones de los negreros en la costa, y los reyezuelos del litoral, por sus propias fuerzas o ayudados por los mismos mercaderes de carne humana, se hicieron intermediarios de la mercancía abominable entre los buques de la trata y los pueblos del interior (Ortiz 1975: 118).

La obra genocida de los cazadores de esclavos es descrita por viajeros y escritores con abundancia de detalles, pero todos coinciden en la crueldad de los métodos empleados y en la gratuita crueldad de estos sádicos cazadores de seres humanos. «Se ataca una aldea pacífica durante la noche y, si es necesario, para aumentar la confusión y facilitar el éxito, se la incendia; los desdichados habitantes así sorprendidos, huyen desnudos para librarse del fuego... Capturados y reducidos selectivamente a muchas leguas de la costa, se les forma en largas caravanas para emprender la dura marcha hacia las factorías costeras. Generalmente se procura impedir la fuga de los cautivos uniendo por un mismo cepo la pierna derecha de uno con la izquierda de otro. Durante la noche todavía se refuerza la seguridad por unos grilletes en las manos y otra cadena de hierro por el cuello». Con frecuencia el modo de asegurar precautoriamente a los esclavos, era el siguiente: a cada uno se le ataba por el cuello a una horquilla de palo, cuyo extremo se ata a su vez a la horquilla del que va detrás, y así sucesivamente. La fuga en masa resulta imposible. Igualmente penoso era el transporte de esclavos por los ríos africanos: tendidos al fondo de las canoas, atados de pies y manos bajo lluvias torrenciales que llenaban de agua las frágiles embarcaciones. En marcha bajo el sol ecuatorial cubrían centenares de millas bajo sufrimientos indecibles. Los esqueletos insepultos jalaban las rutas de esas caravanas del dolor hacia la costa. Faltos de agua y alimentos, la mortalidad de los esclavos en esta marcha forzada ascendía a cinco dozavos de la totalidad (Ortiz 1975: 121). Llegados a las factorías costeras, aquí entraban a tallar los capitanes negreros y los *forbantes*.

*Forbantes* (del francés *forban*: pirata), se les llamaba a los capitanes esclavistas que traficaban clandestinamente por no tener trato ni contrato con las compañías negreras que operaban en la zona bajo licencia o asiento otorgado por la metrópoli colonial. El más célebre de los *forbantes* fue el francés Jacobo Sores, del siglo XVI.

John Hawkins, hijo de un rico armador de Plymouth, inicia el comercio negrero inglés entre 1562 y 1569. En 1562, con su navío «Jesús», roba en las costas de África un lote de esclavos que cambia a los colonos españoles de Santo Domingo por oro, azúcar

y cueros (Franco 1980: 15). De esta piratesca manera y a espaldas de la Casa de Contratación de Sevilla, Hawkins también inicia el comercio *intérlope* inglés en el Caribe.

Francis Drake inicia su vida aventurera en 1567 como traficante de esclavos en el comercio clandestino, asociado a su tío John Hawkins con quien navegó a lo largo de las costas del Caribe en busca de mercado para su cargamento humano. Las autoridades de Río Hacha le negaron la entrada al puerto, pero Hawkins se impuso con sus cañones y vendió allí —a sus propios enemigos— las últimas *piezas* de su *stock*.

Es difícil trazar una línea divisoria entre el comercio legal y el comercio clandestino de esclavos; o lo que es igual, entre capitanes negreros y forbantes. El más famoso capitán negrero del siglo XVIII parece haber sido John Newton, y también el más lujurioso y maledicente; ello hasta 1764, en que renunció a la mar y se hizo pastor, convirtiéndose en el Reverendo John Newton. Tampoco resulta fácil una sociología de los traficantes europeos;

En una época hasta los reyes y reinas y los grandes marinos fueron negreros. Después fue ocupación de grandes mercaderes. Más tarde fue negocio de piratas y contrabandistas.

El *negrero*, como el *filibustero*, el *bucanero* y el *raquero*, son tipos aún no estudiados, que dan temas muy curiosos para la incipiente criminología tropical (Ortiz 1975: 159, cit. 13).

Así pues, la *interlingua* (o «nuevo código») creada por los negreros cuando toda Europa vendía carne humana, fue desarrollada en las Américas por las mismas víctimas de la Trata, pero como una forma de organizarse en su lucha por la libertad y alzarse: de la plantación al *palenque*, del ingenio al monte, del *barracón* al *cumbe*, de la *senzala* al *quilombo*. Así nacieron las lenguas criollas: el *creole*, el *papiamento*, el *patois*, el *saramaccan* (que engloba los «bush dialects» o dialectos del monte).

El lingüista guyanés Richard Allsopp (1977: 131) afirma que fue Navarro Tomás quien, estudiando el *papiamento* curozaleño, llegó a la feliz y razonable conclusión de que «este idioma tuvo su origen en el *pidgin* portugués de la costa de Africa occidental en los tiempos de la trata de negros». Y aunque la primogenitura de los idiomas criollos del Nuevo Mundo aún es tema de controversias, en opinión de Richard Allsopp:

ningún teórico digno de crédito niega hoy en día un grado notable de influencia de Africa occidental en tales idiomas criollos negroamericanos (1977: 133-4).

Pero así como el *pidgin*, surgido en las costas africanas, fue la lengua vehicular que permitió la comunicación mercantil entre el factor (*mongo*) y los cazadores de negros (*mafucos*), por un lado; y de ese mismo intermediario y los capitanes negreros (*forbantes*), para finiquitar la venta de esclavos en la factoría; ya en las plantaciones del Nuevo Mundo tuvo que surgir forzosamente una nueva *interlingua* negrera que permitiera al *mayoral* impartir las órdenes de trabajo a una *dotación* de esclavos, además de bozal, plurilingüe y pluricultural, por provenir de los más disímiles puntos del Africa negra.

Si en la relación mercantil (con el Negro como producto), el intermediario fue el ya citado *mongo*; en esta relación laboral (con el Negro como fuerza de trabajo), el intermediario fue el *mayoral*. Don Fernando Ortiz ha hecho un buen retrato de la figura del *mayoral*: «Entre el amo, interesado en la conservación del esclavo a la par que en la producción de la mayor cantidad de trabajo, se interponía en las plantaciones la repugnante figura del *mayoral*, flagelando con su látigo los bronceados dorsos de las do-